



El refrendo de Zaccagnini como secretario general de la DC italiana supondrá seguramente una renovación del partido que puede llevarle a un entendimiento más profundo con la izquierda. (En la foto, Zaccagnini, derecha, con el primer ministro, Aldo Moro, durante el último Congreso.)

con Forlani, una izquierda con Zaccagnini.

El modesto médico, humilde y retraído, honesto hasta la pobreza, pretende la renovación del partido (ver TRIUNFO, número 670); una renovación que puede llevarle a un entendimiento más profundo con la izquierda. Quizá todavía no —sobre todo, por evitar la escisión, el drama definitivo— al "compromiso histórico" que pretende el PC de Berlinguer, pero sí a un entendimiento global sobre materias de gobierno. Zaccagnini entiende que no puede ignorarse ni reducir al aislamiento definitivo a un partido que sigue siendo el segundo del país y que ha ocupado importantísimos puestos en las elecciones locales y regionales. Lo que cree es que la Democracia Cristiana puede superarle. Su manera de enfrentarse a los comunistas aparece en unas frases pronunciadas en 1964: "¿Qué significa decir 'no' a los comunistas? Si trabajan, nosotros debemos trabajar más que ellos; si son serios, nosotros debemos serlo aún más; si tienen fe, nosotros tenemos que tener más fe que ellos y más certidumbre en nuestras ideas; si no conseguimos nada de eso, es inútil que digamos 'no'". La Democracia Cristiana, sin duda, no lo consiguió, a juzgar por el debilitamiento continuo ante la

opinión pública y el ascenso del Partido Comunista. Y también del Socialista.

Lo que ha dicho ahora, en este XII Congreso, no deja de ser un eco de lo que decía entonces: "No podemos ser el polo moderado del abanico político italiano, el partido conservador sometido a la voluntad de sus protectores burgueses. No podemos ser, tampoco, el comité de negocios del capitalismo italiano, ni una organización dedicada pura y simplemente a la ocupación del poder".

La elección de Zaccagnini es, sobre todo, un tema interior del gran partido italiano (el que tiene todavía el 36 por 100 del electorado a su favor), pero es también una indicación del deslizamiento general hacia la izquierda de toda la opinión política italiana y, en tercer término, de la de la Europa Occidental.

Se habla de la posibilidad de provocar elecciones anticipadas en Italia, a base de un nuevo entendimiento de la DC con los socialistas. Es decir, manteniendo el aislamiento del Partido Comunista. Esto sólo será posible si democristianos y socialistas llegan a un auténtico programa gubernamental de izquierdas y acaban con la corrupción, la injusticia y el desorden. ■

aprobación). La respuesta es un cambio de estilo y un llamado "proyecto único" que trata de la unión de la derecha. El cambio de estilo parece haberse iniciado con un mensaje presidencial en la televisión: más sobrio, más solemne, menos optimista que antes. No ha agradado. Solamente desde el gran patronato se han dado signos de aprobación: la media y pequeña empresa lo considera insuficiente e impreciso, y el mundo laboral lo rechaza, como lo rechaza enteramente la oposición.

El "proyecto único" va a ser o está siendo una respuesta al programa común de la izquierda. La mayoría —mayoría parlamentaria, que ya no es mayoría nacional— ve con notable inquietud que, a pesar de sus desgarraduras internas, el programa común de la izquierda va adelante y recibe adhesiones numéricas fuertes. El primer

más popular y menos solemne la figura presidencial. Giscard d'Estaing volverla en cierto modo al papel de árbitro correspondiente al Jefe de Estado, más que al de sumo hacedor de la política. De esta forma, si perdiera la mayoría las elecciones de 1978 —o las que pudieran anticiparse— no se vería obligado a dimitir o a soportar un Gobierno hostil.

Con esta nueva función, Chirac será al mismo tiempo la cabeza visible de la política y el elaborador de un proyecto de sociedad y de convivencia que pueda hacer frente el programa de la izquierda. El problema está en que el programa de la izquierda no será desgastado por la realidad, puesto que no gobierna, mientras que el "proyecto" debe ser realizado, puesto que corresponde a quienes tienen el poder. Su principio ya es malo: realizar un programa



Con su reciente mensaje ante las cámaras de la televisión francesa, Giscard d'Estaing parece decidido a reforzar la figura de su primer ministro, Jacques Chirac, fotografía de la derecha, para situarse a sí mismo, como Presidente, por encima de las desgastadoras batallas políticas.

paso ha sido la designación de Chirac como jefe de la mayoría presidencial y encargado de buscar una "acción común" y un programa concreto. Este nombramiento parece reforzar la figura del primer ministro, pero no es solamente eso lo que busca: trata de desprender la figura del Presidente de la República de su roce diario con la política con objeto de ponerle por encima de las batallas diarias y hacerle menos vulnerable al desgaste. No es una novedad, sino un paso atrás: es lo que hizo De Gaulle, lo que continuó haciendo Pompidou y precisamente lo que Giscard reformó en principio, al hacer

ma político después de llevar años en el poder es aceptar que no se ha tenido antes, o que el que se tenía estaba equivocado.

En la realidad se trata quizá de algo menos que un proyecto o que un programa, o que una operación de reconquista del público: es la construcción de un verdadero frente de la derecha, con disciplina parlamentaria, unidad de acción y cohesión electoral. Una forma de presentar la política francesa como bipartita —a grandes rasgos—: una gran derecha contra una gran izquierda. Parece que es en ese terreno donde se van a realizar los enfrentamientos políticos inmediatos. ■

FRANCIA

El «proyecto único» de la derecha

● El reformismo francés está siendo consciente de su pérdida de peso específico; ha aprendido las lecciones de las elecciones cantonales y de las

auscultaciones de la opinión pública, que sitúan a Giscard en el punto más bajo de su carrera presidencial por primera vez, con menos del 50 por 100 de la